Sophie Calle

Dolor exquisito



Dolor exquisito*

En 1984, el Ministerio de Relaciones Exteriores me otorgó una beca de estudios de tres meses en Japón. Me fui el 25 de octubre sin saber que esta fecha marcaba el comienzo de la cuenta regresiva de 92 días que desembocarían en una ruptura banal, pero que viví por entonces como el momento más doloroso de mi vida. Le eché la culpa a aquel viaje.

De regreso a Francia, el 28 de enero de 1985, decidí, por exorcismo, contar mi sufrimiento en vez de mi viaje. En contrapartida, les pregunté a mis interlocutores, amigos o desconocidos: "¿Cuándo experimentó su mayor sufrimiento?"

Este intercambio llegaría a su fin cuando, de tanto contarla, yo hubiera agotado mi propia historia, o cuando mi pena se hubiera relativizado frente a la de los demás. El método fue radical: tres meses más tarde estaba curada. Luego del exorcismo realizado, por miedo a tener una recaída, dejé de lado mi proyecto para desenterrarlo quince años más tarde.

*Dolor exquisito. MOD. MED. Dolor vivo e intensamente localizado.

C
C26
M1-S.F.
ej 2

Después

Hace cinco días el hombre que amo me dejó. Era un amigo de mi padre. Siempre me había hecho soñar. Para nuestra primera noche, me metí dentro de la cama con un vestido de novia. Antes de aquel día, había pedido una beca de estudios de tres meses en Japón. Inoportunamente, me la otorgaron. M. no apreciaba una ausencia tan larga. Me amenazó con el olvido. Tal vez yo deseaba saber si me amaba lo suficiente para ser paciente, porque me fui. Por su lado, iba a tratar de esperar. Me propuso entonces una cita en la India al término de mi periplo. Me fui de París el 25 de octubre de 1984. Una pesadilla. Detestaba ese viaje, sólo vivía con la esperanza de nuestro reencuentro, fijado para el 24 de enero. La víspera, tres horas antes de la salida de su avión, me llamó para confirmar su llegada: aterrizaba antes que yo, esperaría en Nueva Delhi el vuelo de Tokio. Yo había ganado. Pero en el aeropuerto me transmitieron este mensaje: "M. no puede reunirse con usted en Delhi. Accidente París. Hospital. Ponerse en contacto con Bob". Acabábamos de hablarnos, pensé en un accidente camino al Orly. Bob, mi padre, era médico; imaginé a M. gravemente herido, tal vez muerto. Tomé el cuarto que había reservado en el hotel Imperial. Imposible obtener la comunicación, me tomó diez horas localizar a mi padre, quien no entendió nada de ese telegrama. M. sí había pasado por el hospital, pero por diez minutos para que le quitaran un panadizo. Eso era todo. Llamé a su casa. Contestó. Dijo estas palabras: "Quería ir y explicarte ciertas cosas". Repliqué: "¿Conociste a una mujer?". "Sí". Pasé el resto de la noche mirando el teléfono. Nunca había estado tan triste.

Se llamaba Jean. Yo tenía veintisiete años, él, cuarenta y siete. Vivíamos juntos. Era pasión, la verdadera pasión. Esa mañana me desperté, fui al cuarto de baño. Una carta estaba puesta sobre el lavabo. Algunas palabras complicadas, no me acuerdo cuáles, que significaban que teníamos que separarnos. No me lo esperaba. Puse la carta en mi bolsillo. Bajé la escalera. Huí, dejé todo. En mi interior un vacío, un blanco total, como dicen, una voz blanca, un susto blanco. Estaba en terapia, atravesé Luxemburgo para ir a mi sesión. Le pedí a mi analista que me prestara un libro con el fin de irme con algo en las manos para llenar ese vacío. Cogió de su biblioteca una obra antigua, en marroquín rojo, con grabados. Como una sonámbula, durante meses, me retiré del mundo, sufrí día y noche. No lloraba, pero mis lágrimas escurrían continuamente. Y ese lavabo me atormentaba. La brutalidad feroz de la carta blanca sobre el lavabo. Tal vez sea la razón por la cual, desde hace doce años, tengo un apartamento sin cuarto de baño.

Hace seis días el hombre que amo me dejó. Cuando era una niña, ya soñaba con él. Era tan guapo. A los treinta, logré seducirlo. Para nuestra primera noche, me había puesto un vestido de novia. Estábamos juntos desde hacía casi un año cuando me otorgaron esa maldita beca de tres meses en Japón. Me advirtió que me olvidaría si lo abandonaba. Sin embargo, el 25 de octubre de 1984, me fui. ¿Por dignidad, por bravura? A pesar de esa amenaza, propuso encontrarme en India al término de mi periplo. Sobre el viaje no hay nada que decir, sólo que contaba los días que nos separaban. El 24 de enero me llamó tres horas antes de despegar para precisar ciertos detalles: llegaba de París una hora antes, esperaría en el aeropuerto de Nueva Delhi el vuelo de Tokio. Qué felicidad. Esperada. Suspendida... Durante el embarque me transmitieron un mensaje: "M. no puede reunirse con usted en Delhi. Accidente París. Hospital. Ponerse en contacto con Bob." Seguramente una colisión camino al aeropuerto. Era mi culpa. Me decían que llamara a mi padre que es médico: ¿para que me anuncie su muerte? En Nueva Delhi, imposible lograr una llamada. Se necesitaron diez horas para ponerme en contacto con Bob, el cual no entendió nada de la historia. M. había pasado por el hospital, pero por un panadizo, nada más. Entonces llamé a su casa. Apenas contestó supe que me iba a dejar. Dijo: "Quería ir a explicarte cosas". Respondí: "¿Conociste a una mujer?". "Sí." Él esperaba que fuera serio. Colgué. Me quedé sentada durante horas, sobre la cama, mirando fijamente el teléfono y el tapete mohoso del cuarto 261 del Hotel Imperial.

Lo que más me ha hecho sufrir es una imagen de felicidad. Ocurrió en 1964. En primavera. Sobre el bulevar Montparnasse. Una mañana de domingo soleada. Tenía un carro americano pálido, con un interior en cuero azul. La mujer que amaba y nuestro hijo, en impermeable amarillo limón, me acompañaban. Conduciendo me di cuenta de la rareza de un momento de felicidad como ese. Esa felicidad la perdí, y esa imagen se me devolvió como un cuchillo. Agudo como la muerte de la felicidad. La imposibilidad definitiva de la felicidad. Todas las noches tenía el mismo sueño. Se desarrollaba en la calle, en un lugar público. La mujer que amaba se callaba, sin embargo estaba dicho: "¡Ya no te amo!". Una evidencia, Dios Padre hablando en cinemascopio. Esa pesadilla la tuve todas las noches durante siete años. Exactamente el mismo número de noches desgraciadas que de días felices vividos. Como el negativo de mi felicidad. En el día pensaba en el carro azul y en el impermeable amarillo, y por la noche, de repente...

Hace siete días el hombre que amo me dejó. Era un amigo de mi padre. Cuando era una niña, ya estaba encaprichada con él, pero tenía treinta años cuando logré conquistarlo. De vez en cuando, él me recordaba que no estaba realmente enamorado y a mí no me importaba esa advertencia: vivía conmigo. Me propusieron por entonces una beca de estudios en Japón. Amenazó con dejarme durante esa ausencia de tres meses: demasiado largo. Aún así preferí irme por temor a reprocharle siempre esta ocasión perdida. Para reconfortarme, a pesar de su ultimátum, me propuso una cita en Nueva Delhi al término de mi periplo. Me fui de París el 25 de octubre de 1984. Odiaba ese viaje. Y entonces recibí una carta que decía simplemente "Mi mujercita querida". Me estaba esperando. A partir de ahí, viví únicamente con la perspectiva del 24 de enero, fecha de nuestro reencuentro. Ese día, tres horas antes de despegar, me confirmó su llegada. Pero en el aeropuerto me esperaba un telegrama: había tenido un accidente, estaba en el hospital. Una parte de la noche pasé intentando ponerme en contacto con él, imaginando lo peor. Eran las dos de la mañana cuando contestó. Sí había estado en el hospital: para mandarse a quitar un panadizo, me precisó. Lo supe. Algunas palabras balbuceadas en el teléfono me hicieron saber que acababa de conocer a otra mujer, que esperaba que fuera serio. Antes de colgar, murmuré: "No tengo suerte". Pasé el resto de la noche en el cuarto 261 del Hotel Imperial, mirando fijamente el tapete mohoso, el teléfono rojo. La India era su idea. Él era quien había hecho las reservaciones. Él era quien había escogido el marco de mi dolor.

Fue en mi casa, en Bondy, el 18 de mayo de 1980. Un domingo. Tenía diecisiete años. Habíamos almorzado en familia, mis padres, mis dos hermanos y yo. A la una de la tarde mi hermano mayor se paró. Dijo: "Tengo que hacer algo". Abrazó a mi padre antes de salir. Dos horas después, mi madre recibió una llamada telefónica. Cuando colgó dijo palabras que parecían simples: "Pasó algo, Didier, algo muy grave. Vuelvo pronto, quédate tranquilo". Estaba llorando.
El apogeo del dolor fue entre las tres y las cinco de la tarde. Dos horas de espera. Ciento veinte minutos pasados sobre una cama, pensando parálisis, pensando muerte, mirando fijamente el cielo a través de las cortinas. A las cinco, me enteré de que había saltado de un tren que unía Bondy con la estación del Este. Tenía veintitrés años. Me acuerdo de que hacía buen tiempo y calor; era el cumpleaños de mi padre. Habíamos almorzado juntos. Todas las condiciones para un domingo feliz y tranquilo estaban reunidas.

Hace ocho días el hombre que amo me dejó. Era un amigo de mi padre. Siendo una niña, ya estaba loca por él. Era tan guapo. Esperé hasta tener treinta años para seducirlo. En nuestra primera noche de amor tenía puesto un vestido de novia. Cuando acepté una beca de tres meses en Japón me advirtió que no sufriría una ausencia tan larga. Dudando me puso, sin embargo, una cita en Nueva Delhi al término de mi viaje. El 24 de enero de 1985 era la fecha de nuestro reencuentro. Una escena soñada, imaginada muchas veces. Pero en el aeropuerto, aunque había hablado con él tres horas antes, recibí un mensaje: M. había tenido un accidente, estaba en el hospital. Una parte de la noche pasó mientras intentaba contactarlo, imaginando lo peor. Eran las dos de la mañana cuando contestó. Sí había ido al hospital. Para mandarse quitar un panadizo. Fue ahí que me dijo que quería venir a cogerme entre sus brazos para contarme ciertas cosas y que entendí que amaba a otra mujer. Diez horas de angustia temiendo por una colisión camino al aeropuerto para enterarme de que me dejaba. Colgué. Estupefacta, pasé el resto de la noche con la mirada fija en el teléfono rojo del cuarto 261 del Hotel Imperial. De ningún modo me tenía que quedar sola, alguien tenía que ocuparse de mí. Cualquiera. Por la mañana, busqué en el anuario de Nueva Delhi un interlocutor. Único hallazgo: la agencia France-Presse. Llamé al director, llorando. Aceptó recibirme enseguida. Le conté mi historia de amor. Durante tres horas hablé, y él me escuchó.

El lugar es un edificio burgués, en Lyon. En el cuarto piso. Un rellano de piedra muy ancho. Un muro enyesado en el cual todavía se puede leer la inscripción en tiza azul, borrada pero legible: ¡Muerte a los judíos! Una puerta muy pesada con un timbre de cobre. Es de noche, alrededor de las once, el 14 de septiembre de 1959, un día entre semana. Tengo doce años.
Dos meses antes, en la 403, mi madre nos había enseñado a mi hermano y a mí que mi padre iba a tener una operación benigna. Habíamos parado para echar gasolina. En esa gasolinera de cemento blanco con un enrejado sobre el cual nada había crecido – sólo alambres, rosas no –; en esa atmósfera de buen humor ficticio tuve la certeza de que mi padre iba a morir. Lo operaron, todo salió bien. Me fui de vacaciones. Ese 14 de septiembre volví a casa. Unos amigos me dejaron en la puerta. Timbré, y ahí me cogió una angustia espantosa. No por la idea de que mi padre estuviera muerto, sino por pensar que mi padre viniera a abrirme, que lo viera vivo sabiendo que estaba condenado. Me abrió. Me llevó a su oficina, un lugar oficial donde nunca iba, lo que confirmó mi certeza de que ya estaba muerto. Como si me llevara a su sarcófago. No creo que nada pueda ir más allá de la sensación de dolor que sentí esa noche. Sufrí solo, en el momento en que no hubiera debido. Tuve el sentimiento de un descubrimiento total: el de la brutalidad de la desaparición de alguien que además, me hablaba, llevaba una vida normal. Es el mayor acto fallido de mi vida: no haberle podido decir a mi padre en el momento en el que lo supe, que estaba muerto. Dos meses más tarde se apagaba.

Hace doce días el hombre que amo me dejó. El 25 de enero de 1985, a las dos de la mañana, en el cuarto 261 del Hotel Imperial, en Nueva Delhi. Era un amigo de mi padre; era muy guapo, había soñado con él durante toda mi infancia, y lo había perdido de vista. Un día, mientras sufría por una separación dolorosa y que caminaba tristemente al azar de las calles, jugué a imaginar cuál sería el que me haría olvidar esta ruptura. ¿Mastroianni? No. ¿Cohn-Bendit? No. No se me venía nadie a la cabeza. Sólo fue después de haber invocado el nombre de M. que se impuso. Enseguida me busqué su número de teléfono. Se acordaba de mí. Vivía a varios kilómetros de París, me visitaría durante su próximo desplazamiento. Vino. Cuando se devolvía a su campo al otro día, le rogué que me llevara. Prefería no. Como yo insistía, me comunicó a regañadientes, la hora de su partida. Nos reunimos en el tren. Toleró, en silencio, mi presencia. Sólo había llevado un vestido de novia. Me lo puse para nuestra primera noche juntos. Y me quedé. Es este hombre el que tomé el riesgo de perder aceptando una beca en Japón, cuando me había advertido que no admitiría una ausencia tal. Este hombre, el que me había puesto una cita en el aeropuerto de Nueva Delhi al término de mi viaje, este hombre, al que iba a volver a ver después de una separación de tres meses. Este hombre, el que no vino y que me dejó. Colgué balbuceando que no tenía suerte, y pasé la noche mirando fijamente el teléfono. Un teléfono rojo.

Fue durante el invierno de 1976. En noviembre. Tenía veinticinco años. Ensayaba una obra en el teatro de Nanterre. Por la tarde, durante el ensayo, sentí de repente una sensación de angustia, una inquietud extraña. Me fui del escenario para localizar por teléfono al hombre que amaba. En la residencia aún desierta había un tapete rojo, y yo llevaba ese día un vestido rojo vivo. Marqué desde la cabina telefónica el número de la oficina donde trabajaba ese chico, pedí que me lo pasaran. La telefonista me contestó que lo sentía, que no era posible. "¿Por qué?, pregunté. Dijo: "M.R. ha fallecido". Por ese entonces, mi francés era débil, insistí: "No entiendo esa palabra señorita". Silencio. Yo insistía, ella aclaró: "Esa persona acaba de morir". Primero pensé que era un malentendido, y todo ese rojo me cayó encima. Entendí que se había suicidado, que yo era responsable. Colgué sin decir nada. Hoy en día me acuerdo de la voz débil de una joven que obligué a explicarme la palabra *fallecido*. La cabina ya no existe. El rojo tampoco, ahora todo es blanco.

Hace dieciséis días el hombre que amo me dejó. El 25 de enero de 1985, a las dos de la mañana. Cuarto 261. Hotel Imperial. Nueva Delhi. Lo amaba, y sin embargo, había aceptado una beca de estudios en Japón cuando me había advertido que no me esperaría tanto tiempo. Estaba endurecida, él pretendía que no estaba realmente apasionado por mí. Pero se quedaba y me hacía lindas escenas de celos. Entonces, yo ignoraba sus llamadas. Tal vez quería, yéndome, sentir sus mismos sentimientos. Ese día pensaba haber ganado: nos íbamos a reencontrar después de una separación de tres meses. Él fue quien decidió el lugar y la fecha: 24 de enero, Nueva Delhi. En el aeropuerto recibí un telegrama que me decía que llamara a mi padre, ya que M. estaba hospitalizado. Acabábamos de hablar; debía haber sido una colisión camino a Orly. Era mi culpa. Me tomó más de diez horas encontrar a mi padre, el cual no entendió nada de esta historia. Sí, M. había pasado por el hospital, pero por diez minutos, para que le quitaran un panadizo. Entonces, llamé a su casa. Contestó. Dijo algo como: "Quería ir y explicarte ciertas cosas". Entendí, enseguida, que había conocido a otra mujer. Colgué. Me quedé horas sentada sobre la cama, mirando fijamente el teléfono. Llevaba unos pantalones de seda negra y dos camisas, una gris y una azul, una encima de la otra, de Yamamoto. Me había tomado horas escoger mi ropa: al fin iba a volver a ver al hombre que amaba.

Fue delante de un buzón que experimenté el mayor sufrimiento en la vida. En Cannes. En agosto de 1963. En un hall inmenso, con baldosas negras y blancas. Vuelvo a ver la escalera de mármol iluminada por la vidriera y la puerta de entrada del edificio, en vidrio y en hierro forjado. Los buzones, de madera natural, con una reja que permitía ver si había correo en el interior, estaban alineados en la pared de la izquierda. Había dos hileras. Y en uno de esos buzones hubiera debido haber una misiva que no llegaba, que nunca llegó. Duró diez días. Viví únicamente en función de ese buzón. Paré de dormir, de comer. Me acuerdo de que el cartero pasaba dos veces por día. A las once y quince de la mañana. A las tres y veinte de la tarde.

Hace veintiún días el hombre que amo me dejó. El 25 de enero de 1985, a las dos de la mañana, en el cuarto 261 del Hotel Imperial, Nueva Delhi. Tres meses antes me había ido a Japón. Me había advertido: demasiado largo. No estaba seguro de esperarme. Pero, corrí el riesgo. Enseguida odié ese viaje. El temor de que ejecutara su amenaza. Y entonces recibí una carta: me decía su mujercita querida. Creí haber ganado. Esa última noche en Tokio fue una de las más lindas de mi vida. Acabábamos de hablar. Él había organizado todo: su avión aterrizaba en Delhi una hora antes que el mío. Me había hecho una falta desesperante y al fin iba a volver a verlo. Desde hacia noventa y dos días vivía con la obsesión de este reencuentro. Durante el embarque me dieron un mensaje: M. estaba hospitalizado y debía llamar a mi padre. La única explicación que pude encontrar es que había tenido un accidente camino al aeropuerto. Diez horas imaginando lo peor transcurrieron antes de que lograra localizarlo, en su casa. Balbuceó que había tenido un panadizo, que quería venir y cogerme entre sus brazos. Entendí que había conocido a otra mujer. Y en lugar de insultarlo por su cobardía, por ese telegrama sin sentido, colgué balbuceando que no tenía suerte. Todo era por mi culpa, nunca me hubiera debido ir. Jamás volvería a encontrar un hombre como él. Pasé la noche mirando fijamente, como paralizada, el teléfono rojo y maldiciendo ese estúpido viaje.

Fue en junio de 1977. Tenía dieciocho años. No me acuerdo del día exacto – podría volver a encontrarlo, pero hice de todo para olvidarlo –. Era interno en una escuela de agricultura, en Plenée-Jugon, en Bretaña. Esa mañana, cuando me desperté, cuando abrí los ojos, vi rojo. Nada a través del rojo. Durante la noche, me había vuelto ciego. Nadie, en el hospital de Rennes, supo porqué. Entonces me fui a París, a ciegas. Me hospitalizaron en Cochin y le avisaron a mi madre, que vivía en Oran. Ella era muy pobre, no hablaba francés. Logró tomar el barco para Marsella, donde mendigó el dinero del tiquete de tren. Llegó a mi cuarto de hospital a mediados de julio. Es el relato de su viaje lo que sigue siendo mi recuerdo más doloroso. Más que la pérdida de la visión.

Hace veintiocho días el hombre que amo me dejó. Hacía tres meses que esperaba aquel día. Era el 25 de enero de 1985. Estaba en el cuarto 261 del Hotel Imperial, en Nueva Delhi. Un cuarto espacioso, con un tapete gris comido por las polillas, un papel pintado en los tonos azules, dos camas gemelas. Estaba sentada sobre la de la derecha y tenía entre las manos el telegrama que me decía que llamara a mi padre, ya que M. había tenido un accidente. Me había ido de Francia noventa y dos días antes y debíamos encontrarnos, la víspera, en el aeropuerto de Nueva Delhi. Llegaba de París, yo de Tokio. Hasta ese mensaje. Pasaron horas imaginando lo peor antes de localizar a mi padre. No estaba al tanto de nada. Entonces intenté localizar a M. Estaba simplemente en su casa. El accidente era un panadizo: entendí que me dejaba. Quería suavizar la noticia, pretendió que le hubiera gustado cogerme entre sus brazos, explicarme ciertas cosas. Sólo que no lo hizo. ¿Egoísmo, cobardía o tacañería? Todo lo que encontró fue ese pretexto infantil, una uña encarnada con, como caución médica, mi propio padre. Colgué. Me quedé horas, sentada sobre la cama, mirando fijamente ese maldito teléfono. Rojo.

Es un viernes de julio, alrededor del 20, en 1981, por la tarde. En el cementerio de un pequeño pueblo, a cuarenta kilómetros de Limoges. Al frente mío, un ataúd dentro del cual ya no quedaba gran cosa de ella. Porque estaba hecha papilla; había saltado desde un sexto piso. Éramos cuatro para enterrarla. Cuatro que ya no se hablaban desde hacía años. Por un lado, su madre y yo, por el otro, su medio hermano y su padre. Yo era el único que podía dialogar con todos. Alucinado, los brazos colgando, hacía el vaivén entre ellos. Volviendo a mi casa, caminé mirando para arriba. Miraba los sextos pisos. Y entonces, vi mi nombre escrito por ella en nuestro buzón. Pero lo peor fue la llegada de ese ataúd. Cuando imaginé en el interior al amor de mis veinte años, la que para mí encarnaba la belleza. La belleza hecha papilla.

Hace treinta días el hombre que amo me dejó. Por telegrama y teléfono interpuestos. Me había ido de París noventa y dos días antes, y debíamos encontrarnos el 24 de enero de 1985, en el aeropuerto de Nueva Delhi. No vino. Me recibió un mensaje: "M. no puede reunirse con usted. Accidente París. Hospital. Ponerse en contacto con Bob. Gracias". En cuanto al estilo, se podría calificar de económico y de dramático al mismo tiempo. Empleo de la tercera persona, el héroe habiendo perdido sus facultades, utilización del padre como intermediario, elección de las palabras hospital y accidente para inyectar patetismo. De hecho, mi padre tenía un papel mudo: no sabía nada. Eran las dos de la mañana cuando supe, de la boca de M., que accidente significaba: panadizo. Y panadizo: ruptura. Gracias no quería decir nada. Estaba sentada, abrumada, sobre una cama del cuarto que él había reservado para nosotros, en el hotel Imperial. Porque la fecha, el país, la ciudad, el hotel, habían sido escogidos por él. Escogiendo el marco de mi dolor, lo puso en escena. El cuarto 261, su tapete gris comido por las polillas, sus camas gemelas cubiertas por un cubrecama con motivos azules, su teléfono rojo vivo que miré toda la noche, hipnotizada, sin saber a quién hablarle. A quién hablarle de él.

Era el 22 de noviembre de 1963. Mi hermana y yo estábamos visitando Nueva York, y ese día, cuando estábamos haciendo fila en un supermercado, una mujer exclamó: "¡Kennedy se murió!". Todo el mundo se puso a gritar. Nos quedamos tres días llorando por su desaparición. No era normal sollozar así, como dos vacas. Volví a mi casa. Había un telegrama bajo mi puerta: "Papá muerto". Se había muerto el mismo día que Kennedy, y ya había sido enterrado cuando lo supe. No derramé ni una sola lágrima. Estaba paralizada de dolor, pero vacía de lágrimas. Había llorado a mi padre a través de Kennedy.

Hace treinta y un días el hombre que amo me dejó. El 25 de enero de 1985, a las dos de la mañana, en el cuarto 261 del Hotel Imperial, en Nueva Delhi. Es mi culpa, me fui tres meses a Japón cuando me había prevenido que no esperaría tanto tiempo. No quise creerle. Fui castigada; ese viaje fue una pesadilla, contaba los días que me separaban de nuestro encuentro. Porque tenía que esperarme. Casi gané yo. Me dio cita en India al término de mi periplo. Fue él quien escogió la fecha y el lugar, fue él quien me arrastró allá. Habíamos hablado la víspera, todo estaba arreglado, llegábamos los dos al aeropuerto de Nueva Delhi. Durante el embarque, me transmitieron un mensaje. Hablaba sobre una súbita hospitalización, debía llamar a mi padre. Más tarde, supe que sí había ido al hospital, pero por un panadizo. Yo que imaginaba que había tenido un accidente camino a Orly, que estaba gravemente herido. Simplemente había conocido a otra mujer. Bien hecho para mí. Deseé esta historia de amor, él se alejó. Yo hubiera podido evitar este sufrimiento. Como mi amiga D., que no se interesa por los hombres que ya están apasionados por ella. La próxima vez, tomaré a uno que me ame.

Aunque fuera presa de la desgracia, no lo expondría. Hubo en el pasado episodios, el pudor me impide contarlos, hacer de ellos una historia equivaldría a exagerarlos. Uno puede estar dotado para la desgracia, yo no lo estoy. Puede ser por un mecanismo de indiferencia, por un dispositivo irónico... Me hubiera gustado ser más desgraciado, para que al fin el mundo fuera real, para experimentar un sentimiento de la existencia más agudo. Pero nunca me sentí en un estado de desgracia pura. Espero, un día, sufrir mucho, ir más allá. Aún no he encontrado mi historia.

Hace treinta y siete días el hombre que amo me dejó. Me había ido a Japón, él estaba en Francia, e íbamos a encontrarnos en Nueva Delhi el 24 de enero de 1985. Hacía ya tres meses vivía a la espera de ese momento. Pero en el aeropuerto, aunque acababa de hablar con él y había confirmado su llegada, supe por un mensaje que estaba hospitalizado luego de un accidente. Con el desespero de no saber nada, a las dos de la mañana llamé a su casa y contestó. En respuesta a mi sorpresa, aseguró que sí había ido al hospital. Para que le quitaran un panadizo. Deduje que amaba a otra mujer. Reconoció que sí. Diez horas de angustia temiendo lo peor, temiendo por su vida para luego saber que me dejaba. Colgué. Panadizo: inflamación aguda de un dedo… provocada por una astilla, cita como ejemplo El Robert. Y si vamos por ese camino, astilla: pequeño fragmento de un cuerpo ajeno que penetró bajo la piel por accidente. Es todo lo que había encontrado para evitar nuestro encuentro, Un panadizo. Estupefacta, pasé el resto de la noche con la mirada fija en el teléfono rojo del cuarto 261 del Hotel Imperial.

Es su funeral. En diciembre de 1984. El 18 o el 20. Por la mañana. Veo de nuevo la iglesia grande del distrito 16. Su exmarido y yo, uno al frente del otro. Su padre, que tenía un saco grueso negro con las mangas que salían del abrigo. Su primera hija se había muerto en el mar. Ella, se estrelló en un avión. Sobre los depósitos de Conforama. Carbonizada. Hasta tal punto que le habían hecho un ataúd pequeño cuando medía más de un metro ochenta. Un absurdo, insoportable, demasiado pequeño ataúd.

Hace cuarenta días el hombre que amo me dejó. El 25 de enero de 1985 a las dos de la mañana. Cuarto 261, Hotel Imperial, Nueva Delhi. El cuarto es gris, polvoriento; sólo el teléfono, rojo vivo, desentona. Acabo de pasar diez horas tratando de contactarlo para saber. Hacía tres meses que nos habíamos separado y, la víspera, me había confirmado nuestra cita en India. Nunca había sido tan feliz, al fin iba a volver a verlo. En el aeropuerto me dieron un mensaje. Había tenido un accidente, debía llamar a mi padre que es médico. Lo único que podía imaginar era una colisión camino a Orly. Y cuando lo encontré, en su casa, cuando dijo que quería cogerme entre sus brazos para explicarme ciertas cosas, entendí enseguida lo que eso significaba: me dejaba. Sólo que el cobarde no fue. No complicó la tarea, lo hizo por teléfono. En cuanto al accidente, se trataba de un panadizo.

Fue al final de una tarde invernal, en 1974. No me acuerdo ni del mes ni del día. Debía ser un sábado. Media hora antes, la calle Scribe, cuando estaba locamente apasionada por él, T. me había anunciado nuestra ruptura. Ya no sé qué palabras había utilizado, pero tenían un carácter definitivo. Me quedé solo, plaza de la Ópera. Bajé los escalones del metro, mientras salía de mi estómago, salía de mi garganta, salía de mi voz, una voz que nunca había escuchado. Pegaba berridos que me dejaban estupefacto, me retorcían el estómago, abrían mucho mi boca. Gritaba en el metro. Por casualidad, tenía entre las manos un montón de discos de vinilo: los éxitos del verano. Me desmoroné sobre un banco. Entonces, un hombre negro sentado al lado mío me quitó muy lentamente los discos de las manos, leyó los títulos en voz alta a medida que los tarareaba. *Love me Baby, Sugar Baby Love*… El metro llegó, volví a coger los vinilos. Mis gritos habían parado, mis lágrimas chorreaban.

Hace cuarenta y ocho días el hombre que amo me dejó. Era el 25 de enero de 1985 a las dos de la mañana. Nueva Delhi. Hotel Imperial. Cuarto 261. Tenía entre mis manos el mensaje que me anunciaba que luego de un accidente, estaba hospitalizado en París. Era por esa razón que no había llegado a nuestra cita en el aeropuerto. Después de horas intentando localizarlo, imaginando lo peor, al fin logré hablar con él. Algunas frases penosas balbuceadas en el auricular me hicieron saber que no estaba herido, bueno sí, una uña encarnada, pero que amaba a otra mujer. Pasé el resto de la noche —en ese decorado miserable, el tapete gris comido por las polillas, las dos camas gemelas cubiertas por un cubrecama con motivos azules— con la mirada estúpidamente fija en el teléfono. Era rojo vivo. Por la mañana lo fotografié.

Fue hace veinticinco años, en 1962, una tarde de septiembre. En una residencia vacacional, en la cuenca de Arcachon. Tenía una camisita en nylon blanco, unos shorts tipo bóxer azul marino. Había hecho trampa en el juego del *Enano Amarillo*, y estaba escrito, a mano, sobre un pedazo de cartón que mi madre me había colgado en la espalda.

Hace cincuenta días el hombre que amo me dejó. Por teléfono. El 25 de enero de 1985, a las dos de la mañana. Estaba sentada sobre la cama, en el cuarto 261 del Hotel Imperial, en Nueva Delhi. Un cuarto triste, polvoriento, con un tapete gris comido por las polillas y un teléfono rojo vivo. Acababa de marcar su número de París. El intercambio fue breve:

"Sophie, quería ir para cogerte entre mis brazos y explicarte ciertas cosas.

-¿Conociste a otra mujer?

-Sí.

-¿Desde cuándo?

-Veinte días.

-¿Es serio?

-Espero que sí.

-No tengo suerte."

Colgué. Y es así que todo se acabó. Una historia de amor banal con un final miserable. Eso es todo.

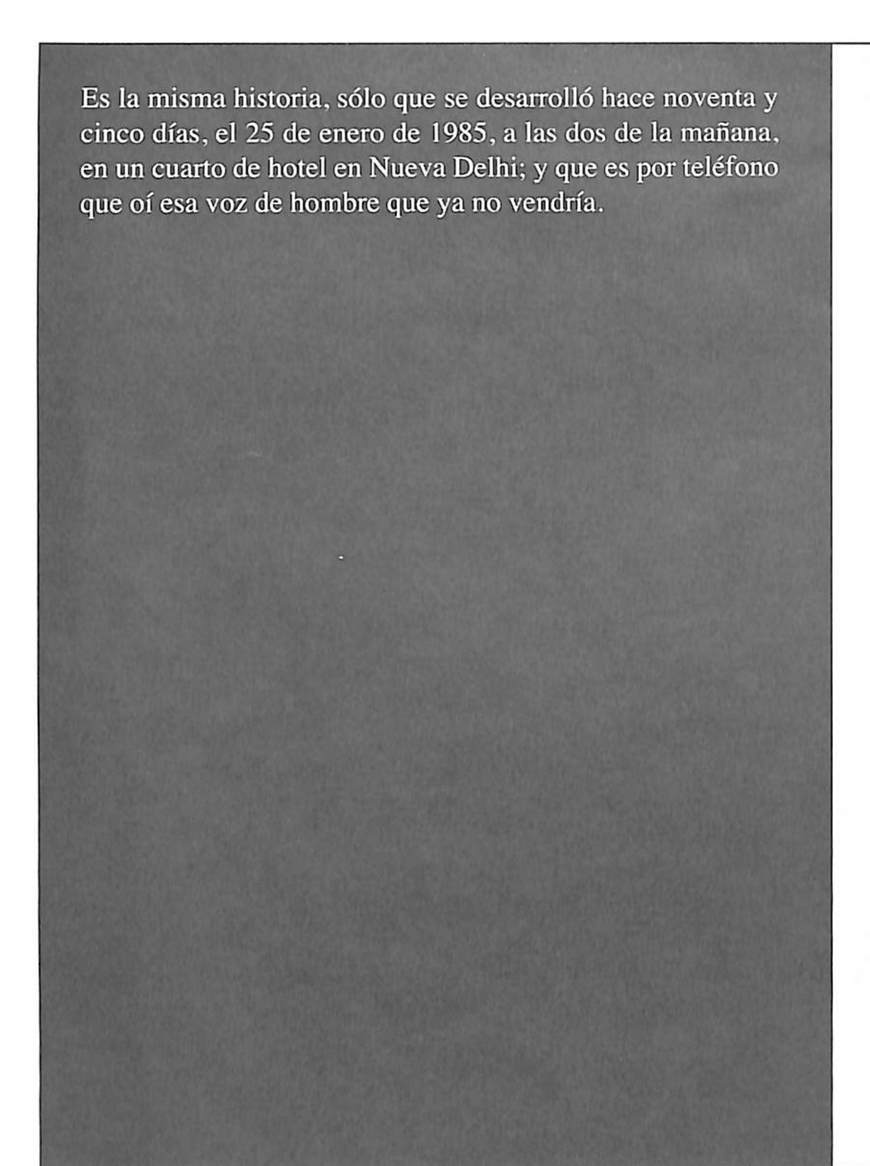
Fue en Perpignan. En 1971. Un sábado del mes de mayo. Al comienzo de la tarde. Volvía del internado. Debajo de mí vivía un electricista. Me estaba esperando. Fue el encargado de decirme todo. Me pidió que entrara a su taller, hizo que me sentara sobre una silla. Me anunció que mi hermano había tenido un accidente por la mañana, que lo había golpeado una puerta de camión en el estómago. Estaba paralítico. Esa noticia me hizo casi feliz. Mi hermano era la única persona que me importaba. Se llamaba Bernard, tenía veinte años, yo tenía dieciséis. Pero era un imprudente, acababa de salir de la cárcel, yo siempre me esperaba lo peor. De ahora en adelante lo tendría cerca, podría ejercer mi deseo de posesión. Durante casi una hora el electricista disertó, en una especie de delirio, sobre la vida en silla de ruedas. Y bruscamente concluyó: "No, es mentira. Murió". Me paré, subí a mi casa. Mi madre dijo: "Perdí al ser que más amaba en el mundo. Mi hijo único".

Hace sesenta y cinco días el hombre que amo me dejó. Es una historia ordinaria. El 25 de enero de 1985, a las dos de la mañana, me dijo que había conocido a otra mujer, que no vendría a reunirse conmigo en India como estaba previsto. Simplificó la separación, lo hizo por teléfono. Así se gana tiempo: apenas tres minutos de una conversación penosa entre París y el cuarto 261 del Hotel Imperial, en Nueva Delhi. Me despidieron en ese triste decorado: un tapete gris comido por las polillas, dos camas gemelas cubiertas por cubrecamas azules y un teléfono rojo vivo. Una destitución poco caballerosa, sobre todo por parte de un hombre que aspira a la santidad.

Ocurre el 5 de diciembre de 1987, a las tres de la tarde en punto. Llego a la morgue de Puebla, en México. Acaban de incinerarlo. Me dan una caja. Una caja de metal, pesada, más pesada de lo que hubiera imaginado, gris. Cuando mis dedos la tocaron tuve la impresión de recibir los restos de Cristo. Me acuerdo del choque eléctrico, del cortocircuito que se produjo al contacto con esa caja. Una caja, sin embargo, indefensa, muerta, inerte y pequeña, muy pequeña. El hombre que me la entregó no dijo nada, asintió con la cabeza, llevaba gafas. Yo estaba llorando como una mujer, e interiormente rezaba, me preguntaba: "¿Por qué?". Jamás había estado tan seguro de mi fe. Me acuerdo, también, de golpes en el teclado de una máquina de escribir que me laceraban, como si alguien ya estuviera escribiendo su historia.
De mis nueve hermanos, él era el más joven, y yo era como su padre. Pero no era su padre, razón por la que he fallado. El 3 de diciembre, a las tres de la tarde, José Ignacio se ahorcó a los treinta y tres años. En el mismo momento, muy lejos de allí, con un gesto que no podía imaginar que jamás olvidaría, miré mi reloj para anotar la hora en que mi hijo Pedro dio sus trece primeros pasos, el día de su primer cumpleaños. Al treceavo paso, se cayó y se pegó la frente contra el marco de una puerta, en el mismo instante en que la frente de José Ignacio, que acababa de saltar al abismo de la muerte, se chocaba contra el muro de la habitación estrecha, y toda la belleza de su ser – su cuerpo largo estirado, sus manos de virtuoso, sus pies de mártir, su rostro de profeta, su barba de príncipe, sus labios de poeta, su cabello de niña pequeña – se transfiguró en ese salto final.

Hace setenta y siete días el hombre que amo me dejó. Es el 25 de enero de 1985. Dos de la mañana. En India. El tapete gris del cuarto 261 del Hotel Imperial está comido por las polillas, el teléfono es rojo, las dos camas gemelas están cubiertas por cubrecamas con motivos azules. El lapso de tiempo de una conversación expedita entre París y Nueva Delhi; acaba de anunciarme que conoció a otra mujer. Se trata entonces de una escena de ruptura. Una historia ordinaria, pero me parece que nunca sufrí tanto. Sin embargo, pensé en fotografiar el teléfono.

El 11 de enero de 1956, cuando entré a la sala de estar, mi abuelo, el ser más austero que conocí y que me aterrorizaba, se levantó y me dijo: "A partir de ahora, yo estaré aquí. Seré tu padre". Me hicieron sentar. Estaban mi madre y mi madrastra, mi tío, que tenía una camisa escocesa en lana gruesa, mi tía en sastre beige. Me acuerdo de la terrible reserva de mi familia mientras mi madrastra estaba desfigurada. Una montaña de lágrimas. Fue ahí cuando me enteré no sólo de que mi padre estaba muerto, sino de que estaba enterrado. Se había muerto el día de mi cumpleaños, el día de mis trece años, el 7 de enero. Un domingo. Me había enamorado de una rusa en el internado, y aunque debía volver a París, le había pedido a mi padre si me podía quedar para asistir a la Navidad ortodoxa. Mientras tanto, se estaba muriendo por una ruptura de aneurisma. No me di cuenta de nada. Mi familia pensó que yo no lo soportaría. Cometieron una falta imperdonable, multiplicaron terriblemente el dolor y los males engendrados por su desaparición. Tengo cuarenta y dos años, fui por primera vez a su tumba el año pasado, como si hubiera tenido que pasar todo este tiempo para ver esa cosa ahí, grabada sobre la piedra.



Es la misma historia, sólo que se desarrolló hace noventa y cinco días, el 25 de enero de 1985, a las dos de la mañana, en un cuarto de hotel en Nueva Delhi; y que es por teléfono que oí esa voz de hombre que ya no vendría.

El 8 de agosto de 1983, a las cuatro y media de la tarde, él me dijo: "Ya no te amo". Fue en el sur de Francia, la habitación daba a un prado. Tal vez no sea mi mayor pena, pero es la última, lo que hace de ella la más preciosa, si me atrevo a decirlo, y la más cercana a mi memoria.

Hace noventa y seis días el hombre que amo me dejó.
Lugar: el cuarto 261 del Hotel Imperial en Nueva Delhi.
Fecha: el 25 de enero de 1985, a las dos de la mañana.
Acción: ruptura por teléfono.
Signo distintivo: el panadizo del héroe.
Título de la obra: El Panadizo perdido.
La regla de las tres unidades fue respetada, pero las entradas eran pobres, la salida tosca, la intriga ordinaria.

Es la historia – inútil personificarla, está presente en todos los vodeviles – de un hombre que se va y de una mujer que se queda. De un hombre que vuelve después de seis meses de ausencia, porque eligió quedarse con esa mujer, y que se da cuenta de que se ha vuelto indeseable. De un hombre que se encuentra en la calle sin saber a dónde ir, porque es demasiado orgulloso para explicar, para justificarse. La acción comienza a las diez de la noche y al otro día, al mediodía, ya ha pasado todo. Empieza adentro y se acaba afuera. Mientras tanto, el hombre empaca metódicamente todo lo que le pertenece, dobla sus cosas con precaución, en silencio, lentamente, con la esperanza de que algo ocurra, de que la otra persona intervenga. Pero esto no es lo que ocurre. El apartamento se vacía lentamente, el hombre se lleva todo lo que constituía su vida en esa casa. De golpe, la puerta se cierra y pasamos al acto dos, esta vez sin espectadores. La escalera, los tres pisos, todas las maletas, cuatro cuadros bajo cada brazo, las posesiones sembradas en el camino. La perdición total.
Paré en un restaurante que no me gustaba, y pedí una chucrut, un plato que odio. ¿Por qué? No sé…

Hace noventa y ocho días el hombre que amaba me dejó. El 25 de enero de 1985. Cuarto 261. Hotel Imperial. Nueva Delhi. Ya basta.

La escena tiene lugar en un pueblo del norte de Italia. Nuestros padres salieron. De repente, en la noche, se oye una carreta, voces. Mi madre entra. Dice que mi padre se sintió mal. Miro la fisionomía de ese hombre que dos horas antes era mi padre. Yace inmóvil. Oigo a mi madre dar órdenes. Le pide a mi hermano que vaya a buscar hielo. Me manda a buscar a un sacerdote. Todo ocurre de forma acelerada. En la habitación, están el médico, el sacerdote, mi hermano, mi madre. La miro fijamente, ella es mi referencia. Parece estar extremadamente calmada. El doctor pide que los niños salgan, ella se rehúsa: "Quiero que mis hijos vean a su padre morir". El tiempo pasa observando a este hombre que ronca. El lado dramático se va lentamente. Es reemplazado por una fatiga inmensa, por un dolor de espalda. Me pregunto cuándo va a acabar. Se murió exactamente a las cuatro. Apenas hubo ese gran silencio, mi madre abrió la ventana "para que el alma pueda volar". Objetivamente, esa noche no fue desgarradora, pero es como si hubieran plantado una semilla que luego creció para transformarse en el dolor. La planta empezó a crecer durante el funeral bajo la forma de la vergüenza. Sentía la piedad de los demás: "Pobre, perdió a su padre". Luego, vino la furia contra mi hermano que estaba llorando. Mostraba su sufrimiento, yo no. Más tarde, vinieron el miedo de ya no estar protegido, la pena frente a la soledad de mi madre, el vacío... Las mil facetas del dolor. Fue entonces cuando sentí en mis entrañas esa laceración, esa desgarradura. Tenía doce años. Era el 18 de junio de 1948. Su muerte no fue el punto culminante de mi dolor, sino una bomba con efecto retardado.

Una exposición organizada por:







Patrocinadores:





Apoyan:









En asocio con:








Agradecimientos especiales: Hotel Medellín Royal, Pintuco, Repostería DeLolita, Color Líquido, Vivir en el Poblado.

Traductor oficial: The Columbus School

Carrera 44 N° 19A - 100, Ciudad Del Río. Medellín, Colombia. T: 444 26 22 // F. 235 94 15 info@elmamm.org | www.elmamm.org